

rodea, hacia su época y su mundo entero. La embriaguez es para ellos la verdadera vida y el yo verdadero, en lo demás sólo ven adversarios é impedidores de la embriaguez espiritual, de cualquier especie que sea, moral, religiosa ó artística. La humanidad debe una gran parte de sus males á estos entusiastas beodos, pues son incansables sembradores de la cizaña del descontento de sí mismo y del prójimo, del desprecio del mundo y de la época en que se vive y sobre todo del desaliento. Acaso un infierno de criminales no alcanzaría á producir estas consecuencias nefastas y prolongadas, estos efectos de pesadez y malestar que corrompen la tierra y la atmósfera y que forman la herencia de ese minúsculo y noble grupo de seres desenfrenados, lunáticos y medio locos, de genios que no saben dominarse y que no aciertan á gozar de sí mismos más que extraviándose completamente; mientras que el criminal da muchas veces pruebas de admirable dominio sobre sí mismo, de sacrificios y de prudencia, y contribuye á mantener despiertas estas cualidades en los que le temen. Para él la bóveda celeste que se levanta sobre la vida será quizá peligrosa y oscura, pero la atmósfera permanece transparente y clara. Además, aquellos iluminados trabajan con todas sus fuerzas para injertar en la vida la fe en la embriaguez espiritual, como vida por excelencia; ¡terrible fe, por cierto! Así como ahora se les corrompe á los salvajes con el aguardiente que les hace extinguirse, la humanidad entera ha sido envenenada lenta y radicalmente por los alcoholes espirituales de esos sentimientos embriagadores y por los que mantenían vivo el deseo de esas ilusiones; acaso acabará por perecer como los salvajes.

51. *Tales como somos.—Seamos indulgentes con los*

*grandes tuertos*, dijo Stuart Mill, como si hubiera que otorgar indulgencia á lo que habitualmente nos inspira fe y hasta admiración. Yo, digo: seamos indulgentes con los hombres, grandes y pequeños, que tienen los dos ojos sanos, pues siendo tales como somos, no podemos pasar de la indulgencia.

52. *¿Donde están los nuevos médicos del alma?*— Los medios de consolar al afligido son los que han dado á la vida ese carácter tan radicalmente miserable que la atribuimos ahora; la más grave enfermedad de los hombres ha nacido de la lucha contra las enfermedades; los remedios aparentes producen, á la larga, consecuencias peores que aquellas de que pretendíamos librarnos con ellos. Por ignorancia se ha considerado á los remedios narcóticos y anestésicos que obran inmediatamente y que solemos llamar calmantes, como curativos propiamente dichos. No se ha reparado en que este alivio momentáneo cuesta á veces una alteración profunda y general de la salud; que el enfermo experimenta los efectos de la embriaguez, luego los de la cesación de ésta, y, por último, un sentimiento de inquietud y de opresión, temblores nerviosos y malestar general. Cuando se había llegado en la enfermedad á cierto grado avanzado, no se curaba ya; los médicos del alma se encargaban del enfermo; esos médicos acreditados y venerados. Se ha dicho, con razón, que Schopenhauer tomó en serio nuevamente los dolores de la humanidad; mas ¿dónde está el que se cuidara por fin de tomar en serio el antidoto contra aquellos padecimientos y pondrá en la picota el incalificable charlatanismo de que se ha servido la humanidad hasta ahora, para tratar sus enfermedades del alma bajo los nombres más sublimes?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

53. *La coacción sobre las personas de conciencia.*—Las personas timoratas y no las gentes sin conciencia, fueron las que tuvieron que padecer horriblemente bajo el peso de las exhortaciones á la penitencia y el temor del infierno, particularmente cuando se trataba de hombres de imaginación. Así se entristeció la vida de aquellos que justamente habían menester más tranquilidad é imágenes más agradables, no sólo para su propia confortación y curación, sino también para que la humanidad pudiese recrearse en su aspecto y absorber el resplandor de su belleza. Mas ¡ay! ¡cuántas crueldades superfluas, cuántos martirios han producido las religiones que inventaron el pecado; ¡y los hombres que, valiéndose de esas religiones, quisieron extremar el goce de su poder!

54. *Las ideas acerca de la enfermedad.*—Tranquilizar la imaginación del enfermo para que las cavilaciones sobre su enfermedad no le hagan padecer más que la enfermedad misma, creo que es algo. ¡Y no poco! ¿Comprendéis ahora nuestra misión?

55. *Los caminos.*—Los caminos que suelen juzgarse más cortos, son los que siempre han hecho correr mayores peligros á la humanidad. Cada vez que llega á la humanidad la buena nueva de que ha sido hallado uno de esos caminos más cortos, deja su camino y se descamina.

56. *El apóstata del espíritu libre.*—¿Quién será el que sienta aversión contra los hombres píos y firmes en su fe? ¿No los miramos, por el contrario, con una veneración silenciosa, regocijándonos al contemplarlos y sintiendo que estos hombres excelentes no abri-

guen los mismos sentimientos que nosotros? Mas ¿de donde viene esa aversión repentina hacia el que gozó toda la libertad del espíritu y se volvió creyente? Cuando pensamos en ello experimentamos la impresión de haber presenciado un espectáculo repugnante cuya imagen desearíamos borrar pronto del alma. ¿No volveríamos la espalda á la persona más venerada si abrigásemos alguna sospecha de ella en este punto? Y esto no lo haríamos, porque la condenásemos desde el punto de vista moral, sino por efecto de la repugnancia y del espanto que se apoderaría de nosotros de repente. ¿De donde procede la severidad de este sentimiento? Acaso no faltara quien quisiera darnos á entender á este propósito que en el fondo lo que sucede es que no estamos bastante seguros de nosotros mismos; que plantamos á nuestro alrededor, en el momento oportuno, el seto del desprecio más espinoso, para que al llegar el instante decisivo en que la edad nos torne débiles ú olvidadizos no podamos atravesar las vallas de nuestro desprecio.

Francamente, esta suposición es falsa, y quien la haga no sabe nada de lo que agita y determina á un espíritu libre. ¡Cuán poco despreciable es en sí, para un espíritu libre, el cambio de opinión! ¡Cuánto respeta, por el contrario la facultad de mudar de opinión, cualidad rara y superior, en particular cuando es conservada hasta la edad madura! Su orgullo (y no su pusilanimidad) llega hasta coger los frutos prohibidos del *spernere se sperni* y del *spernere se ipsum*, lejos de contenerse en el temor de los vanidosos y de los indolentes. Además, la doctrina de la *inocencia de todas las opiniones* es, ante el espíritu libre, tan cierta como la de la inocencia de todos los actos. ¿Cómo podría, pues, convertirse en juez y verdugo de los apóstatas de la

libertad intelectual? La vista de esta apostasía le impresionaba lo mismo que el aspecto de una enfermedad repugnante á un médico; la repulsión física hacia lo fofo, lo reblandecido, lo purulento, se sobrepone por un instante á la razón y á la voluntad de ayudar al prójimo. Nuestra buena voluntad es echada á tierra por la idea de la monstruosa deslealtad que ha debido dominar al apóstata del espíritu libre y por la idea de la degeneración total que ha llegado á corroer hasta el esqueleto de su carácter.

57. *A nuevo temor, nueva certeza.*—El cristianismo había hecho cernirse sobre la vida una amenaza ilimitada y nueva, y al hacerlo había creado certezas, alegrías y deleites nuevos y nuevas evaluaciones de las cosas. Nuestro siglo niega la existencia de esa amenaza con tranquilidad de conciencia; y sin embargo, arrastra todavía tras de sí los viejos hábitos de la certeza cristiana, del goce, del recreo y de la evaluación cristiana. ¡Y esto lo hace hasta en sus más nobles artes y filosofías! ¡Cuán débil y gastado, cuán cojo y torpe, cuán arbitrariamente fanático, y, sobre, todo cuán incierto tiene que parecer todo eso, ahora que falta el terrible contraste de su certeza; el omnipresente temor del cristiano por su salvación eterna!

58. *El cristianismo y las pasiones.*—Se adivina en el cristianismo una gran protesta popular contra la filosofía; la razón de los sabios antiguos había disuadido al hombre de las pasiones: el cristianismo quiere devolver las pasiones á los hombres. Con este fin niega todo valor meral á la virtud tal como lo entendían los filósofos—como una victoria de la razón sobre la pasión—; condena en términos generales toda

ciase de buen sentido é invita á las pasiones á manifestarse con el mayor grado de fuerza y de esplendor como *amor de Dios, temor de Dios, fe fanática en Dios, esperanza ciega en Dios.*

59. *El error como cordial.*—Digase lo que se quiera, lo cierto es que el cristianismo quiso librar al hombre del peso de los compromisos morales creyendo enseñarle el *camino más corto hacia la perfección*, de igual suerte que algunos filósofos creyeron poder prescindir de la dialéctica larga y trabajosa y de la recolección de datos severamente comprobados, dando por supuesto que había un camino real que conduce á la verdad. En ambos casos había un error, pero también un gran cordial para los desesperados que mueren de fatiga en el desierto.

60. *Todo espíritu acaba por hacerse realmente visible.*—El cristianismo se asimiló el espíritu de un incalculable número de individuos, que habían menester sujeción, de todos los sutiles ó groseros entusiastas de la humillación y la devoción. Así se despojó de su tosquedad campesina—como se advierte, por ejemplo, vivamente al ver la primera imagen del apóstol San Pablo—para volverse una religión muy espiritual, con la cara llena de arrugas y henchida de subterfugios y segundas intenciones. Ella ha dado ingenio á la humanidad en Europa y no se ha contentado con volverla astuta desde el punto de vista teológico. Con este ingenio unido al poder y muchas veces á la convicción profunda y á la lealtad abnegada ha modelado las individualidades más sutiles que existieron jamás en las sociedades humanas: los individuos del clero católico en sus jerarquías superiores, particular-

mente cuando procedían de familias nobles, y aportaban, desde el principio, la gracia innata en los ademanes, los ojos dominadores, hermosas manos y pies finos. En ellos el rostro humano alcanza aquella espiritualización que produce el continuo raudal de dos especies de dicha (el gozo del poder y el de la sumisión) luego que un género de vida preconcebido ha dominado en el hombre á la bestia. Una actividad que consiste en bendecir, en absolver de los pecados, en representar á la Divinidad, mantiene sin cesar despierto, en el alma y hasta en el cuerpo, el sentimiento de una misión sobrehumana; en estas personas reina un noble desprecio respecto de la fragilidad del cuerpo, del bienestar y de la dicha, como corresponde á los que tienen vocación de soldados; hay el orgullo de la obediencia, signo distintivo de todos los aristócratas; hay el idealismo y la excusa que lleva en sí la enorme imposibilidad de la tarea. La imponente belleza y la sagacidad de los príncipes de la Iglesia han demostrado siempre al pueblo la verdad de la Iglesia. Un envilecimiento transitorio del clero (como ocurrió en la época de Lutero) produce el efecto contrario. Y esa consecuencia de la belleza y de la sagacidad humanas en la armonía de la exterioridad física, del espíritu y de la misión, ¿desaparecerá cuando acaben las religiones? ¿No habría medio de conseguir algo más elevado, ó siquiera de intentarlo?

61. *El sacrificio necesario.*—Los hombres serios, firmes, leales, dotados de una gran sensibilidad, que siguen siendo todavía cristianos de corazón, están obligados por consideración á sí mismos á ensayar, por una vez durante algún tiempo, á vivir sin cristianismo; deben á su fe el elegir de esta suerte domicilio

en el desierto, á fin de adquirir el derecho de ser jueces en la cuestión de si es necesario el cristianismo. Entre tanto viven sujetos á su gleba y desde allí insultan al mundo que vive más allá y hasta se irritan cuando alguno deja entender que más allá se encuentra el mundo entero y que el cristianismo no es más que un rincón. ¡No! ¡Vuestro testimonio no será de peso, hasta que hayáis vivido algunos años sin cristianismo, con el deseo leal de poder existir sin el cristianismo; hasta que os hayáis apartado de él, lejos, bien lejos! Y vuestro retorno tendrá una significación verdadera, no cuando la nostalgia os vuelva al terruño, sino cuando sea el juicio basado en una comparación severa lo que os haga volver. Los hombres del porvenir someterán algún día á esta prueba á los juicios sobre los valores del pasado; es preciso *revivirlos* voluntariamente alguna vez, y lo mismo los contrarios para tener derecho á pasarlos por la criba.

62. *Del origen de las religiones.*—¿Cómo ha podido llegar á considerar un hombre como una revelación su propia opinión sobre las cosas? Tal es el problema del origen de las religiones. Cada vez que ha ocurrido esto ha habido un hombre en quien era posible tal fenómeno. La primera condición fué que creyese anteriormente en las revelaciones. Un día le viene de repente una nueva idea, *su idea*, y lo que hay de embriagador en una gran hipótesis personal que abarca la existencia y el mundo entero, penetra con tal fuerza en su conciencia, que no osa considerarse creador de tal beatitud y atribuye la causa de ella y también el origen de su pensamiento á su Dios: á una revelación de ese Dios. ¿Cómo podría ser un hombre autor de dicha tan grande?, pregunta su duda pesimista. Y hay además otras

palancas que trabajan en secreto; por ejemplo, se fortalece una opinión ante uno mismo considerándola como una revelación; se la quita lo que tiene de hipotético; se la exime de la crítica y de la duda; se la hace sagrada. Verdad es que, al proceder así, se rebaja el hombre al papel de un órgano, pero nuestro pensamiento acaba por quedar victorioso con el nombre de pensamiento divino, y el sentimiento de quedar triunfante con él, predomina al cabo sobre el sentimiento de rebajamiento. Cuando el hombre pone el fruto de su inteligencia, por encima de sí, haciendo en apariencia abstracción de su propio valer, hay otro sentimiento que se agita en lo hondo, se conserva una especie de alegría, de amor y de orgullo paternal que lo borra todo.

63. *Odio al prójimo.*—Admitiendo que consideremos al prójimo como él se considera á sí mismo—Schopenhauer llama á esto compasión, pero sería más exacto calificarlo de autopasión—nos veremos precisados á odiarle, si él, como Pascal, se cree odioso á sí mismo. Este era el sentimiento general de Pascal hacia los hombres y también el del antiguo cristianismo que en tiempo de Nerón quedó convicto de *odium generis humani*, como dice Tácito.

64. *Los desesperados.*—El cristianismo posee el olfato del sabueso para descubrir aquellos hombres á quienes de alguna manera se puede conducir á la desesperación (sólo una parte de la humanidad es susceptible de ello). Siempre está en persecución de ellos, siempre al acecho. Pascal hizo el experimento de conducir á los hombres á la desesperación por medio de un conocimiento más incisivo y penetrante. La tentativa

fracasó, lo cual le proporcionó una segunda desesperación.

65. *Brahmanismo y cristianismo.*—Hay reglas para llegar al sentimiento de la potencia; unas para aquellos que saben dominarse á sí mismos y á los cuales es ya familiar por este hecho el sentimiento de la dominación; otra para los que no saben dominarse. El brahmanismo atendió á los hombres de la primera especie, el cristianismo á los de la segunda.

66. *Facultad de ver visiones.*—Al través de toda la Edad Media, el verdadero signo distintivo de la humanidad superior consistía en la facultad de tener visiones, es decir, de sentirse poseído de un profundo trastorno cerebral. En el fondo, las reglas de vida de todos los espíritus superiores de la Edad Media (los espíritus religiosos) tendían á hacer al hombre capaz de tener visiones. ¿Qué tiene de extraño que haya durado hasta nuestros días el aprecio en que se tiene á las personas desequilibradas, lunáticas, fanáticas, que se dicen geniales? «Han visto cosas que otros no ven», suele decirse. Ciertamente, pero esto mismo nos debe poner en guardia contra ellas en vez de volvernos crédulos.

67. *El precio de los creyentes.*—Aquel que aprecia tanto que se abrigue fe en él, que promete el cielo en recompensa de esta creencia, y se lo garantiza á todo el mundo, hasta al ladrón clavado en la cruz, ese ha debido de padecer una espantosa duda y ha aprendido á conocer toda especie de crucifixiones; á no ser así, no pagaría tan caros sus creyentes.

✓ 68. *El primer cristiano.*—El mundo entero cree to-

davía en el papel de autor del Espíritu Santo y experimenta de rechazo las consecuencias de esta creencia. Si se abre la Biblia es para *edificarse*, para hallar una palabra de consuelo aplicable á nuestras propias miserias, grandes ó pequeñas; en suma, nos buscamos y nos hallamos á nosotros mismos. Pero ¿quién sabe, á no ser algunos sabios, que ella contiene también, la historia de un alma de las más ambiciosas é impacientes, de un espíritu tan lleno de superstición como de astucia, la historia del Apóstol San Pablo? Y con todo, sin esa historia singular, sin las turbaciones y tempestades de ese espíritu, de un alma semejante, el mundo cristiano no existiría; apenas habríamos oído hablar de una oscura secta judía cuyo maestro murió en la cruz. Verdad es que si se hubiera comprendido á tiempo esa historia, si se hubieran leído verdaderamente los escritos de San Pablo, no como se leen las revelaciones del Espíritu Santo, sino con la rectitud de un espíritu libre y vivo, sin pensar en nuestras aficciones personales—durante mil quinientos años no ha habido lectores de esta clase—hace tiempo que habría dado fin el Cristianismo; tan cierto es que las páginas de este Pascal judío muestran al desnudo los orígenes del cristianismo, como las páginas del Pascal francés nos descubren su destino y la razón de su desenlace fatal. Si la barca del cristianismo echó por la borda una buena parte de su lastre judío, si penetró, si pudo entrar en las aguas del paganismo, es á la historia de ese hombre único á quien lo debe, al espíritu atormentado, digno de compasión, de aquel hombre desagradable para los demás y para sí mismo. Padecía una idea fija, ó mejor, un *tormento* fijo siempre presente y siempre abrasador: saber qué se había hecho de la ley judaica, del *cumplimiento de esa ley*. En su juventud

quiso satisfacer sus dudas por sí mismo, ávido de esa suprema distinción que podían imaginar los judíos—el pueblo que ha cultivado con mayor elevación que otro alguno la fantasía de lo sublime mora! y el único que ha juntado la creación de un Dios santo con la idea del pecado considerado como falta contra esa santidad. San Pablo se convirtió á la vez en defensor fanático y en guardia de honor de ese Dios y de esa ley. En perpetua lucha, al acecho de los contraventores de la ley y de los que la ponían en duda, era duro é implacable con ellos y se hallaba dispuesto á castigarlos de la manera más rigurosa. Y he aquí cómo hizo en su propia persona el experimento de que un hombre como él—violento, sensual, melancólico, como él era, destilando odio—no podía cumplir esa ley; más aún, observó algo que debió de parecerle más extraño, advirtió que su ambición desenfrenada sentía constantemente la tentación de infringir la ley y que le era forzoso ceder á esa comezón. ¿Qué decir á esto? ¿Era la «inclinación carnal» lo que le impulsaba siempre á infringir la ley? ¿No sería más bien, como sospechó después, que lo que había detrás de esa inclinación era la ley misma, que se hacía imposible de todo punto cumplir, impulsando de suyo á la infracción, con estímulo irresistible? Pero entonces no disponía aún San Pablo de semejante escapatoria. Acaso tenía sobre la conciencia, como lo deja traslucir, el odio, el crimen, la hechicería, la idolatría, la lujuria, la embriaguez, los placeres de la crápula y la orgía, y por más que hacía para aplacar su conciencia y más aún su sed de dominación, con el extremado fanatismo que ponía en la defensa y en la veneración de la ley, había momentos en que decía: ¡Todo es inútil; no es posible vencer el tormento de la ley infringida!

Lutero debió de experimentar un sentimiento parecido, cuando quiso llegar á ser en su celda el hombre del ideal eclesiástico; y así como Lutero, se puso un día á odiar ese ideal eclesiástico, y al Papa, á los santos y á todo el clero, con odio mortal, en tanto mayor grado cuanto que no podía confesarlo, lo mismo le sucedió á San Pablo. La ley se le volvió una cruz en que estaba clavado: ¡cuánto la odiaba! ¡qué rencor sentía hacia ella! ¡cómo se puso á buscar, á husmear por todos lados para hallar un medio de aniquilarla en vez de cumplirla en su persona! Y así fué como la luz se hizo de repente en su espíritu por medio de una visión, como tenía que sucederle á aquel epiléptico; así fué como le asaltó la idea emancipadora; él, el observador celoso de la ley, de la que en el fondo del alma estaba hastiado hasta la muerte, vió aparecer en un camino solitario al Cristo, con un resplandor divino en el semblante y oyó estas palabras: «¿Por qué me persigues?» Mas, en realidad, lo que había pasado, era esto: su espíritu se había iluminado de repente y se había dicho: Lo absurdo es perseguir á Jesucristo. Este era el recurso que yo buscaba, la venganza completa; en él, y no en otro alguno, se me ofrece el *destructor de la ley*. El enfermo cuyo orgullo se hallaba tan atormentado, vuelve á la salud por este mismo hecho; voló su desesperación moral, pues la misma moral había volado, aniquilada, es decir, cumplida allá en lo alto, sobre la cruz. Hasta entonces aquella muerte ignominiosa le había parecido el principal argumento contra aquella «vocación mesiánica» de que hablaban los partidarios de la nueva doctrina; pero ¿y si había sido *necesaria* para *abolir* la ley?

Las consecuencias inmensas de esta idea súbita, de esta solución del enigma revoloteaban ante sus

ojos y de un golpe le volvieron el más feliz de los hombres. El destino de los judíos, el destino de la humanidad entera le pareció ligado á aquel segundo de iluminación repentina; poseía la idea de las ideas, la clave de las claves, la luz de las luces, en torno suyo gravita de allí en adelante la historia. Desde entonces es el apóstol del aniquilamiento de la ley. Morir en el mal quiere decir morir en la ley; es vivir según la carne, ó sea vivir según la ley. Unirse con el Cristo, quiere decir tornarse como él destructor de la ley; estar muerto en Cristo, significa muerto para la ley. Aunque todavía es posible pecar, no lo es ya pecar contra la ley. «Estoy fuera de la ley», dice, y luego añade: «Si yo quisiera volver ahora á confesar la ley y someterme á ella, haría al Cristo cómplice del pecado», pues la ley no existía más que para engendrar siempre el pecado como la sangre corrompida hace surgir la enfermedad. Dios no hubiera podido decidir jamás la muerte del Cristo, si el cumplimiento de la ley hubiera sido posible sin esa muerte. De allí en adelante sólo nos son remitidos todos los pecados, sino que es abolido el pecado mismo; la ley ha muerto, ha muerto el espíritu carnal en que residía, ó por lo menos, ese espíritu está camino de morir y caer en putrefacción. ¡Sólo quedan algunos días que vivir aún en el seno de esa putrefacción! tal es la suerte del cristiano antes de que, unido al Cristo, resucite con el Cristo, participando con él de la gloria divina, viniendo á ser como el Cristo «hijo de Dios». En este punto la exaltación de San Pablo llega al colmo y con ella la intemperancia de su alma. La idea de la unión con el Cristo le hace perder todo pudor, toda mesura, toda sumisión, y la indomable voluntad de dominación que en él existía se revela en una anticipada embria-

guez de la gloria divina. ¡Así fué el *primer cristiano*, el inventor del cristianismo! Antes que él no hubo más que algunos sectarios judíos.

69. *Inimitable*.—Hay una tensión enorme entre la envidia y la amistad, entre el menosprecio de sí mismo y el orgullo; los griegos vivían en el primer estado, los cristianos en el segundo.

70. *Para qué sirve una inteligencia tosca*.—La Iglesia cristiana es una enciclopedia de antiguos cultos, de concepciones de múltiple origen, y por eso ha conseguido tan buen éxito con sus misiones. Podía ir antes y puede ir todavía dondequiera con la seguridad de que ha de tropezar con algo que se le parezca, que pueda asimilarse, y en lo cual pueda infundir poco á poco su propio espíritu. No lo que contiene de cristiano, sino lo que hay de universalmente pagano en sus prácticas ha sido la causa del desenvolvimiento de esta religión universal; sus ideas, que tienen al mismo tiempo raíces en el espíritu judío y en el espíritu helénico, supieron elevarse desde un principio, tanto sobre las separaciones y las sutilezas de razas y naciones, como sobre las preocupaciones. Aunque se debe admirar esta fuerza, que ha conseguido casar las cosas más diferentes, conviene no olvidar, sin embargo, los defectos despreciables de que adolece esa asombrosa grosería, esa cortedad de su inteligencia en los momentos en que se formó la Iglesia, que le permitieron acomodarse á todos los regímenes y digerir las contradicciones como quien digiere piedras.

71. *La venganza cristiana contra Roma*.—Nada hay que harte tanto como un perpetuo vencedor. Du-

rante doscientos años se había visto á Roma someter un pueblo tras otro; el círculo estaba recorrido, todo lo por venir parecía paralizado, todas las cosas dispuestas para durar eternamente, y cuando el imperio construía, edificaba con la segunda intención del *aere perennis*. Nosotros que conocemos la melancolía de las ruinas, no podemos formarnos idea de esa otra melancolía, tan diferente, de las construcciones eternas, contra la cual era preciso defenderse como se podía, por ejemplo, con la ligereza de Horacio. Otros buscaron diferentes consuelos contra el cansancio rayano en desesperación, contra la convicción mortal de que en lo sucesivo todos los movimientos de la inteligencia y del corazón carecerían de esperanza, de que en todas partes acechaba la monstruosa araña que bebería implacablemente la sangre allí donde pudiese correr de nuevo. Ese odio mudo del espectador cansado, odio de un siglo de fecha, odio contra Roma dondequiera que dominaba Roma, acabó por descargar en el cristianismo que confundía á Roma, al mundo y al pecado, en un mismo anatema. Se vengó de Roma imaginando el fin del mundo, próximo y repentino; se vengó de Roma abriendo de nuevo un porvenir,—Roma había sabido transformarlo todo en historia de *su* pasado y de su presente,—un porvenir por el cual Roma quedaría eclipsada; se vengó de Roma soñando el juicio final. Y el judío crucificado, símbolo de salvación, aparecía como la irrisión más profunda, enfrente de los soberbios pretores de las provincias romanas, pues éstos venían á convertirse en representantes de la perdición y del mundo maduro para la caída.

72. *Ultratumba*.—El cristianismo halló la concepción de las penas infernales extendida por todo el im-